

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 10 DE DICIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.924



GALERIA DE OBRAS DE ARTE.—«UN CANAL EN HOLANDA», CUADRO DE AEST VAN DER NEER

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

LA VISITA AL PAPA



AMINÁBAMOS hacia el Capitolio... Pero una idea nos dominaba: algo habíamos dejado perder en nuestra visita al Vaticano; ¡no habíamos visto al Papa! Conocíamos el templo, pero no su divinidad. Está claro que nuestras circunstancias personales impedían la entrevista; pero, con esa abstención, una nota esencial de Roma se nos sustraía. Con estos pensamientos llegábamos al Cosso de Víctor Manuel y nos aproximábamos a la plaza de Venecia. Grandes palacios erguían su mole entre la suntuosidad trivial de las casas modernas. Sentíamos la sugestión de aquella aristocracia romana entre cuyas banderías fluctuó por tantos siglos la tiara pontificia. Era el

reverso de la grandeza universal de la Sede; era la cualidad de los papas como reyes electivos, sometidos a la intriga de las familias del nuevo patriciado, más inmediata que la facultad de veto de los monarcas y la astucia de las cancellerías. Tras de cada uno de esos palacios romanos sonaba un nombre famoso en los anales de la jerarquía papal: los Colonna, los Odescalchi, los Farnesio, los Borghese, los Barberini, los Doria... Cada uno de esos solares quirritarios había dejado su huella en el dominio pastoral de la grey humana. El Senado de la vieja República se continuaba en el Sacro Colegio, verdadera Dieta imperial, cuya hegemonía se disputaban unas cuantas familias «consulares». Ahora, bajo la nueva invasión bárbara, en la Roma profanada por el soplo de la Revolución, esas estirpes principescas parecían refugiadas en la torre de marfil de sus pa-

lacios cerrados, cuyos frontispicios sin balcones alineaban sus hileras de ventanales alternos de arco y triángulo, conforme al estilo peculiar, que el Renacimiento afirmó.

Nos hallábamos frente al palacio Doria-Pamphili. El recuerdo de la riqueza de su galería pictórica nos incitó a visitarlo. Los palacios particulares de Roma son de muy difícil acceso durante el verano. Pero una circunstancia que luego explicaré nos impulsaba a porfiar ante la puerta del palacio Doria para conocer su famosa pinacoteca. Por fin, acudiendo al disimulo de la puerta trasera y mediante la buena voluntad, bien retribuida, del portero, pudimos entrar. La visita, al principio, fué acaso demasiado rápida, porque sentíamos la impaciencia de la fuerte impresión que nos esperaba en el fondo de aquellos corredores suntuosos. ¿Para qué insistir sobre

la belleza de los cuadros que desfilaban ante nuestra vista, nuevas formas de la gran herencia itálica? La escuela romana ha dejado en aquellos muros algunos ejemplares típicos. Florentinos y venecianos tienen allí su representación, sobre todo los últimos. Las escuelas extranjeras (alemanes, flamencos, holandeses, franceses) señalaron también su huella en aquel palacio, que viene a ser la embajada de la antigua y señorial Génova en la oligarquía romana; el solar de lo que llamaríamos Gran Elector Genovés en la corte papal. Quiero señalar, al paso, unos Poussin y unos Claudio de Lorena, singularmente reveladores allí, verdaderos tributos de discípulo al magisterio clásico; ofrendas de la emulación bárbara sobre el altar romano, de brasas inextinguibles.

Por fin entramos en el verdadero santuario de la gran casa. En el fondo de

una sala inmensa, un reducido aposento guarda el retrato de Inocencio X, Juan Bautista Pamphili, que perteneció a la familia Doria. ¿Quién no recuerda que ésta es, acaso, la obra maestra de Velázquez? Técnicamente, jamás la Pintura ha llegado a más alta ciencia, en el cromatismo gradual de los tonos, el vigor de los reflejos, la sabia ordenación de los contrastes. Las vestiduras rojas del papa se destacan sobre fondo rojo, y la cara tiene un rojo alcohólico, una encendida carnación que recuerda al pintor de *Los Borrachos*. Pero el valor espiritual de ese retrato es aún mayor. No ha existido persona cuya vida haya sido eternizada con más intensidad. Ahí queda, viviente, parlante, en la intimidad familiar de su casa, el Papa Doria. Recordemos las jugosas palabras de Taine, al juzgar ese cuadro; me sería muy difícil traducir justamente el exacto valor de los calificativos: «la figure d'un panore niais, d'un cuistre usé». Esa fisonomía desubre, en verdad, un pobre espíritu. Algo de rudeza o tosquedad campesina se muestra en aquellos rasgos y en el tono curtido de la piel. Los ojos se pierden en la revelación de una interior vaciedad; la nariz se prolonga sin gracia, un poco a lo payaso. ¡Singular grandeza la de Velázquez, obligada a la paradoja de inmortalizar figuras de degeneración y cretinismo! Velázquez, como valor estético, es un gran autor de comedias. No se ha estudiado todavía ese aspecto de su arte personal. Por una extraña comunidad de destinos, Goya encontró para su genio modelos semejantes a los de Velázquez; pero supo infundirles un valor de contraste amargo, un *humour*, que los incorpora en lo que podríamos llamar tragedia bufa, grotesca o paródica. Velázquez, al retratar a Inocencio X, no hizo más que añadir un ejemplar a su colección de degenerados, histriones y bufones, que va desde Felipe IV al Don Sebastián de Morra y desde Esopo y Menipo al Don Alejandro del Borro que está en el Museo de Berlín.

Hacia largo tiempo que contemplábamos, silenciosamente, al pobre personaje, sobre cuya figura pesa el nombre sonoro y protocolario de Inocencio X. El guía, con gran confianza y discreción, nos había dejado solos en la pequeña cámara, solos con el Papa. Yo creo que comprendió nuestro fervoroso entusiasmo de españoles, y no quiso interrumpir el callado diálogo que parecíamos sostener con el pintor, con el glorioso compatriota, a través de su modelo. Pero aquella fue nuestra verdadera visita pontifical. Inocencio X, o mejor, Juan Bautista Doria, nos hablaba, parecía excusarse de su propia inmortalidad, debida a la inmortalidad de su pintor. Cuando Velázquez lo retrató ¿pudo nunca pensar aquel pontífice que la verdadera gloria era la del artífice que le concedía la inmortalidad, como un regalo divino, como un sagrado contagio? Inocencio X, sin el genio de su pintor, sería un nombre numérico, perdido en el catálogo pontifical. Pero no era ya Inocencio X el que teníamos frente a nosotros, hablando, gesticulando, queriendo levantar su diestra para una bendición... Era Doria, el hombre que ha conseguido perpetuar su vida con una eternidad superior a la vana gloria de su investidura. ¿Qué valían, junto a él, los papas oscuros que iban desfilando sobre la Sede vaticana, incorporándose al cortejo de sombras históricas? El verdadero Papa viviente era el que animaba el retiro pomposo de aquel palacio familiar. Nosotros no habíamos visitado al Papa del Vaticano; pero teníamos ante nosotros al Papa que venció a la Muerte.

Inocencio X... Juan Bautista Doria...

El Palacio Pamphili... Todas esas visiones e ideas se juntaban para que Roma se nos manifestase todavía en una de sus formas proteicas: la Roma del nepotismo, de los papas-figurones, instrumentos de disimuladas oligarquías. Y detrás del Pontífice, veíamos surgir aquella Doña Olimpia Maidalchini que gobernó la Iglesia por él, supliendo su inexistente voluntad... Era la Roma de los últimos siglos, continuación lejama de la medieval. Una Roma de corte minúscula, verdadero principado local italiano o germánico, lleno de intrigas, murmuraciones, anecdotismos y mezquindades. Recordábamos algún sabroso pasaje de las Memorias del Presidente de Brosses, como la narración de los días del conclave en que fué elegido Benedicto XIV, el papa Lambertini.

Con alguna violencia, nos arrancamos, por fin, a nuestra contemplación. Pero al llegar a la escalera exterior, un impulso irresistible nos hizo volver atrás hasta el aposento del Papa, como quien desea dar a un viejo amigo el último adiós. Y no sabíamos, fijamente, si era del Papa Doria o de Velázquez de quien nos despedíamos...

Gabriel ALOMAR

CANCIÓN DE OTOÑO

Dora la tarde triguales y viñas.
Tañe Silvano su albogue sonoro.
En las campiñas
ya los racimos se visten de oro.

De oro parecen las últimas pomas
en los pomares.
El aire fresco se carga de aromas
en la humedad de los negros lagares.

Como en un sueño la tarde se encanta.
Duerme la fuente en un éxtasis mudo.
El viento canta
entre las ramas de un roble copudo,

y sobre el quieto cristal de la fuente,
llena de luces doradas y rojas

bajo el poniente,
caen, vacilantes, las últimas hojas.

El agua brilla en las amplias albercas
y en los regatos. Sazona el membrillo,
mostrando sobre el bañal de las cercas
su oro amarillo.

Muge un novillo en la blanca alquería
Un leve viento estremece los pinos.
Se apaga el día
sobre la paz de los largos caminos,

y sobre el curvo perfil de una loma
donde aún la luz del crepúsculo brilla,
de pronto asoma
la alegre faz de una luna amarilla.

José MARIA PLATERO

«JUAN JOSE» MUERE...

NOCHES pasadas entramos en un teatro de tercer orden, en cuyo cartel se anunciaba la representación de *Juan José*, la obra cumbre del nunca olvidado Joaquín Dicenta. Ocupamos nuestra localidad; el sexteto dejó oír las ya conocidas melodías de un lánguido y dulzón vals vienés, y momentos después comenzó la representación del famoso drama, cuyos más culminantes pasajes saboreaba con verdadero deleite ese público sano que todavía toma en serio las aparatosas ficciones de la farándula sobre el tablado de la farsa, y rugía con reconcentrado furor cada vez que el malaventurado albañil recibía en su atezado rostro el latigazo de la humillación.

Al fin de cada acto, y especialmente al del tercero, cuando el enamorado maestro de obras recibe la mortal puñalada con que Juan José castiga sus amores con Rosa, el público aplaudió con frenético entusiasmo la radical solución que el dramaturgo daba al conflicto, y salió del teatro comentando todas las incidencias de aquella vulgar tragedia.

Pero, ¡ay!, nosotros, ¿y para qué negarlo hipócritamente?, nosotros salimos del teatro hondamente apenados, y recordando el *sic transit gloria mundi*, de que habló el latino.

Porque aquel Juan José, enamorado, romántico y valeroso defensor de aquella tornadiza hembra, que el acaso colocó en la tortuosa ruta de su existencia, y para el cual veintisiete años ha no hubiéramos vacilado en pedir la cota de malla y los versos de Calderón, símbolo de una clase entonces vencida y explotada con inicua sordidez por la insaciable codicia del contratista, nos resultó un pelele guignolesco, juguete de una mujer cuya virtud y cuya fidelidad se rendían en cualquiera ocasión ante la perspectiva de una cena íntima en la Bombilla, escuchando las estriden-

cias líricas de un piano de manubrio... —¿Y éste es—nos preguntamos—aquel *Juan José* que los humildes y los desheredados eligieron un día como su bandera de redención? ¡Imposible! ¡Mil veces imposible!

El concienzudo y caballeroso actor don Emilio Mario consiguió imprimir al teatro de la Comedia, del que era empresario y director, un sello de aristocrática distinción que no había tenido hasta entonces teatro alguno. Su compañía era la más ponderada, y de ella formaban parte las eminencias del género que con tanto éxito venía cultivando; sus temporadas eran normales; su público era escogido, tranquilo, sano y el más aburguesado de todos los públicos. Las obras que se representaban en la Comedia eran sencillas, triviales, candorosas y limpias de todo pecado, incluso el original...

Pero los «autores de la casa», que eran los más esclarecidos ingenios de la época, comenzaron a «cansarse de dar flores», y para proporcionarles «algún año de reposo», don Emilio apeló al teatro francés, y por el escenario de la Comedia desfilaron triunfalmente *Demi-Monde*, *El amigo Fritz*, *El cura de Longueval*, *Felipe Derblay* y otras muchas que aún continúan gozando de los favores del repertorio.

Agotado este género, se adueñaron de aquel aristocrático escenario Galdós y Echegaray, que allí alcanzaron éxitos clamorosos con *Realidad*, *La loca de la casa*, *Mariana* y otras. Y vamos al caso. Cuenta la historia, esa adorable chismosa, que una tarde se presentó Dicenta a don Emilio Mario y le hizo entrega del ejemplar de una obra en tres actos...

Don Emilio leyó la obra y quedó aterrado; la volvió a leer, y quedó más aterrado todavía. Hombre de indudable experiencia teatral, desde luego adivinó

que en aquel drama podía encerrarse un éxito clamoroso, tal vez la consagración definitiva de un dramaturgo de racio temple calderoniano. Pero, ¿y el abono? ¿Qué diría el abono, ese gran enemigo del arte escénico, al ver el escenario del elegante y aristocrático teatro de la Comedia convertido en una taberna, donde se jugaba una partida de «mus»?

Y lo grave del caso era que, aun reconociendo el peligro de la posible retirada del abono y el subsiguiente arrumbamiento del negocio, no había más remedio que representar la obra de Dicenta. Joaquín Dicenta no era un desconocido: había triunfado gallardamente en la crónica periodística y en el teatro, pues *El suicidio de Werther*, más que una esperanza, fué una realidad consoladora... En torno de la nueva obra de Dicenta se había forjado una leyenda altamente simpática, y toda la juventud intelectual de aquella época se apiñaba alrededor de Dicenta... Pero, ¿y el abono?

Mario se decidió heroicamente a poner en escena el nuevo drama. Llegó la hora del reparto, y allí fué Troya! Todas las primeras figuras de la compañía, al amparo de fútiles pretextos, rechazaron los papeles que de derecho les correspondían, incluso el propio don Emilio, y fué necesario apelar a los segundones, que no vacilaron en aceptar el riesgo que se avecinaba en una posible catástrofe artística.

Y llegó la noche del 29 de octubre de 1895, fecha del estreno de *Juan José*. El teatro estaba lleno de «bote en bote»; don Emilio, impaciente y nervioso, como una mocita que escucha la tercera anonestación, se paseaba por el «saloncillo» esperando el ¡fuera de escena! del segundo apunte; los artistas, llevados al sacrificio por deberes de disciplina, después de santiguarse devotamente, esperaban el momento de alzarse la cortina.

No hay para qué recordar lo que ocurrió aquella noche, memorable en la historia del teatro contemporáneo. *Juan José*, no obstante aquellas inocentes audacias, triunfó gloriosamente; recorrió entre vítores y aclamaciones todos los teatros de España y de América; *Juan José* fué desde aquel día el portaestandarte de toda subversión social, y, ¡lo más asombroso!, dió motivo para que Dicenta ahorrara dinero.

En el piso principal de nuestra misma casa vive don Juan José... Don Juan José no es un militar de alta graduación, ni un senador vitalicio, ni un ex gobernador civil, ni siquiera un mísero jefe de negociado con tratamiento de sexto... Don Juan José es un oficial de albañil, cuyo salario oscila entre dieciocho y veinte pesetas diarias. Nuestro personaje es hombre de costumbres aburguesadas: lee periódicos, se nutre copiosamente, se administra inyecciones de cierto preparado para combatir una tenaz neurastenia que padece, no frecuenta las tabernas y en las comidas sólo bebe aguas minerales; y si queréis verle, todas las tardes, de seis en adelante, con el rostro y las manos limpias de todo vestigio de yeso o de cemento, le encontraréis en cierto Círculo de recreo jugando su partida de tresillo...

Decididamente, *Juan José* muere, y si Joaquín Dicenta, por imperio de un milagro, tornase a la vida y viese de cuerpo presente el personaje símbolo de una época social, y que todos diputamos como inmortal, después de convencerse de que eso de la inmortalidad suele ser cosa de quince días, se apresuraría a escribir la segunda parte de su famoso drama, con este título:

Don Juan José.

Manuel SORIANO

SONRISAS DE LA CIUDAD

Las chicas del teclado

MARÍA Luisa, Pepita, Elena, son las bellas chicas del teclado. Pero no del teclado marfileño y romántico en que manos pálidas de las burguesitas, que ya van desapareciendo, arrancaban las notas de viejos vales y de sonatas sentimentales. Son las chicas de otro teclado más nuevo y más inquieto, menos romántico y menos sentimental; son las chicas del teclado que es producto de nuestro vivir moderno, ruidoso y precipitado; son las chicas que se sientan—como entronadas con majestad de reina—ante el teclado diminuto de la Yost, de la Underwood, de la Royal...

María Luisa, Pepita, Elena, son mecanógrafas. Merced a ellas, las oficinas dejaron de ser algo triste, tedioso y sin alma. Sobre el dolor de las cartas comerciales, de las interminables facturas y de las palabras terriblemente vulgares, triunfa, como una sonrisa y como una promesa, la gracia pícaro de las mecanógrafas, que con sus dedos ágiles oprimen el teclado en un incesante revoloteo, mientras con el pensamiento están soñando, amando con el corazón y sonriendo con los ojos, que se vuelven en fugaces movimientos para tentar con la mirada, o que se esquivan para seguir, recatadamente, viendo sin mirar...

Las manos de las mecanógrafas se mueven, brincan, aletean, se multiplican en vertiginosos movimientos sobre las teclas de la máquina. Y el ruido de las letras al herir el papel, impulsadas por los dedos sabios, y el timbre que anuncia el fin de la línea, y el estrépito del carro al volver al punto de arranque, parecen formar una precipitada y extraña canción, a cuyos ritmos inarmónicos van acompañando las nenas la canción silenciosa de sus recuerdos, de sus quimeras, de sus pensamientos, de todas las amables divagaciones de su cabecita algo loca...

De pronto, la canción que sobre la máquina dicen las manos de estas mujercitas se interrumpe, y un raro silencio sucede a los instantes anteriores, tan llenos de ruidosa agitación. Es que da la hora de salir. Las mecanógrafas se hacen su pequeña toilette: se embellecen un poco los ojos, se empolvan la cara ligeramente, se arreglan el pelo, algo revuelto; se lavan las manos donde la sangre azul de la cinta de la máquina ha dejado, acaso como un madrigal y como una gratitud, salpicaduras de una floración violeta...

Al salir del trabajo, las mecanógrafas son despedidas rendidamente por sus compañeros de oficina: «Usted lo pase bien, María Luisa». «Hasta mañana, Pepita». «Adiós, señorita Elena...» Ellas saludan inclinando la cabeza, y salen de la oficina taconeando gentilmente... Salen cansadas del trémulo aleteo de sus manos, rendidas del esfuerzo de sus ojos para descifrar signos taquigráficos y con sed de un poco de libertad, un poco de alegría y otro poco de amor...

Las lindas chicas del teclado salen a la hora clara del medio día o a la hora brujal del atardecer. A su paso por las calles, dejan tras de sí una fragante estela de belleza y de juventud; las miradas se clavan en ellas como saetas de galantería, y el rosario sensual de los piropos desgrana ante el triunfal taconeado de las mujercitas sus cuentas de picardía, de pasión y de deseo... A la hora clara del medio día, ellas forman amable duetto con el loco alborozo de las modistas, que a aquella misma hora salen en bandadas. A la hora brujal del atardecer, es un riente terceto el que se forma sobre las calles cen-

LA FIGURA LITERARIA DE LA SEMANA



EDUARDO ZAMACOIS, autor de la novela «Memorias de un vagón del ferrocarril», que acaba de publicarse.

tricas de la ciudad: las mecanógrafas, muy serietitas, muy formales, muy divinas dentro de la sencilla elegancia de sus atavíos; las modistas, cogidas del brazo, muy joviales, casi con la sola falta de no llevar sombrero para parecerse a las mecanógrafas; las mujercitas del amor sin amor, que a aquella hora del crepúsculo pasan, miran, sonríen al desfilarse ante la luz cruda de los escaparates...

Las mecanógrafas, como el teclado ante que se sientan, son muy modernas, muy inquietas, muy complicadas. Son deliciosamente frívolas, deliciosamente sentimentales, deliciosamente noveleras... Sobre todo esto: noveleras... Lo aventurero, lo apasionado, lo desconocido, lo novelesco, constituyen para ellas una sugestión. Por eso adoran—aunque tengan, acaso, su novio en la oficina—a los gallardos héroes de film y a los escritores que pintan en sus novelas almas y cuerpos de mujeres, extrañas complicaciones sentimentales, audacias, aventuras y perversiones del amor; matices, momentos, ráfagas y rincones que hay en el cáliz rojo, divinamente absurdo, de un corazón de mujer...

Las mecanógrafas hablan y leen de todo, sin asustarse de nada; sobre el matrimonio están conformes—en teoría, naturalmente, nada más—con las doctrinas de Fernando Jordá... En los libros, sus heroínas predilectas son Carola, la «bien pagada»; Rosario, la duquesa de Ansó; Mary, la mujer que perdonó el egoísmo y la maldad de los hombres... Leen versos, también. Campoamor, Bécquer, Rubén Darío son sus poetas más amados. Algún rato, cuando cesa un poco el agobio de la correspondencia comercial, ellas empiezan a copiar algunos versos, y las palabras bellas y sonoras sustituyen por bre-

ves momentos a los números, a las frases de prosa y de rutina, a los párrafos sin belleza, sin vida y sin alma:

«¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Pío en mi mente tu extraño rostro está, cuando cenamos juntos, en la primera cita, en una noche alegre que nunca volverá...»

Los versos o la novela predilecta están guardados, para releerlos a ratos perdidos, en el cajón de la pequeña mesa que sirve de sustento a la máquina. Allí, junto a los pliegos de papel comercial y los sobres de membrete oficinesco, están las novelas, algún método de inglés, un espejo diminuto, una barra de carmín, rimmel, kohol, una caja y una borla de polvos, la letra de un cuplé de Raquel, una pastilla de jabón, la carta de alguna amiga, una cinta nueva para la máquina, el argumento de una película y, acaso acaso, hasta una carta de declaración, que aquel día fue traída para enseñársela a la compañera de la mesa contigua...

Las bellas chicas del teclado son producto de nuestro siglo. A él—tan combatido por su prosaísmo y su falta de estética—debemos esta conquista, que es como un madrigal, como una rosa y como una canción. Porque estas mujercitas—emperatrices del teclado, claras sonrisas de juventud—florecen como un madrigal entre el tedio y la rutina del ambiente oficinesco; triunfan como una rosa encendida sobre la gris tonalidad mediocre de los despachos administrativos, e imperan como una canción apasionada, riente y joven sobre las frías palabras y las vulgaridades odiosas y los números abrumadores de unas horas de oficina, sin belleza, sin alegría y sin corazón...

José MONTERO ALONSO

LUZ BOREAL

Incitaciones del contraste

ESTA luz insinuante y dulce es el mejor tónico para nuestra mirada, hecha al torrente luminoso de un cielo donde el sol macho golpea con furia los horizontes, sumergiéndolos en la palpitante unidad de un solo color.

El artista del Sur debe acudir al Septentrión; se debe completar y resumir humanamente en el más fértil de los contrastes. No hay miedo a que se desvirtúen ni se mixtifiquen los méritos de su raza, la firmeza de su linaje milenario; antes bien, se exaltan en este medio exótico lo mismo que una planta de selección en el humus potente y virginal.

Y si aquí hubiese para nosotros un peligro; si aquí se desencadenase una fuerza enemiga que amenazara, como un viento helado, el ritmo caliente de nuestra existencia, aun así, para oponernos al influjo del Norte, le debemos conocer y ahondar.

En la vida de Alemania, por ejemplo, en la espiritual existencia de la privilegiada minoría que constituye lo más insigne y perdurable de este pueblo, ha dejado una huella infinita la virtud del sol meridional. Dígalo así la Europa del Septentrión, contribuyendo a los estudios de la Grecia clásica y preclásica y de la Italia renaciente, con toda esa espléndida falange nórdica, ruda y bella, desde Winckelmann a Goethe, desde Thowaldsen a los prerrafaelistas ingleses, desde Byron a Hebbel...

Y nosotros, al subir a las tierras del aquilón, tenemos la ventaja de que nuestra retina, hecha a la luz ardiente, no ha de cegarse con la lumbre pálida de este sol que unge los caminos sin encenderlos ni devorarlos, sonriendo con una tibia claridad de aurora.

Debemos acudir al Norte, mediante el impulso generoso que nos permita una intensa colaboración humana, digna de inmortales síntesis, como los imperecederos brotes que el éxodo semita ha producido en los países nortños.

El poeta meridional tiene en esta ocasión del contraste incitaciones peregrinas. Nos reclaman con tentadora embriaguez la América sajona, esa bella raza de centauros domado; la Francia superior, de merovingio perfil, tan germana y fuerte, tan semejante, a pesar de los odios y las guerras, a su hermana del lado de acá del Rhin, donde el fiel nibelungo rindió, acaso para siempre, la clava ancestral; Escandinavia, cuyos bosques sonoros parecen repetir con temblor de centurias las bárbaras estrofas de la gesta edda, y Rusia, ¡Rusia!, la «tierra de la mañana», por donde el Oriente, después de asomarse a Europa por las puertas de Córdoba y Bizancio, surge con los pueblos eslavos sobre la vejez continental.

Esa «horda dorada» de paladines espirituales con que Rusia ha nacido a la vida libre de las naciones, lleva también en sus iconos simbólicos un resplandor boreal, un misterioso fuego que nos llama, invitándonos a romper la seductora línea azul de una lejanía...

Subamos hacia el Norte los atormentados poetas del sendero austral, y que esta luz cándida y benigna se derrame como un bautismo de gracia sobre la calentura de nuestra frente.

Concha ESPINA

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

LOS TRES PRINCIPIES

CUENTO PARA NIÑOS POR MARÍA BERTA QUINTERO

El gran rey Lotario no había logrado en su matrimonio con la reina Estela su dorado sueño de tener un hijo varón que ciñese un día la corona. Sin embargo, muerta su esposa, a la que tiernamente amaba, fué en vano que los cortesanos le insinuasen la conveniencia de contraer nuevas nupcias; permaneció fiel a la memoria de la que fué amorosa compañera de su vida, y consagróse por entero al cariño de su encantadora hija Estrella, que era su consuelo y su alegría y el vivo retrato de su madre.

La princesita había llegado a la edad de quince años, adornada de admirables dotes de virtud y belleza, y preocupaba ya seriamente a Lotario la elección de esposo para ella; como padre, porque, amándola tanto, deseaba ardentemente la hiciese muy feliz quien la llevase al altar; como rey, porque comprendía no era suficiente que supiera ser buen esposo, sino que era preciso, además, fuese un buen soberano.

La princesita, como era bella como un amanecer de primavera, y buena como un hada bienhechora, era querida y admirada por todos sus súbditos, y por el mundo todo había extendido la fama de su virtud y su hermosura. Por esto eran muchos los príncipes y los nobles que aspiraban a su mano; pero entre todos, gozaban las preferencias del rey sus tres sobrinos, jóvenes apuestos y gallardos, hijos, los dos mayores, de su hermano Manrique, soberano de una poderosa nación vecina, y el menor, de su hermana Clotilde, viuda del príncipe Aldemar. Mucho le agradaría que el elegido llevase en las venas sangre de su sangre; pero amando a los tres por igual, no sabía por quién decidirse, y hubo, por último, de determinar someterlos a una prueba.

Los llamó, pues, a palacio, y poniendo en las manos de cada uno una preciosa arqueta, que contenía un verdadero tesoro en piedras finas, díjoles que partieran a lejano país, y que el día mismo en que se cumpliesen dos años volvieran a rendirle cuentas del empleo de su tiempo y de la riqueza que les donaba. Llamando luego a Estrella, intentó en vano leer en sus ojos a cuál de los príncipes prefería. La princesita supo dominar al punto su emoción, y escuchó amablemente las frases de cariñosa despedida que le dirigieron sus primos.

Los tres príncipes, en la inexperiencia de sus juveniles años, pensaron que tenían mucho tiempo por delante y entregáronse a las diversiones, olvidando lo por venir.

Entretanto, el hada madrina de Estrella consiguió que la niña la confiase lo que ella no ignoraba, a cuál de los tres sentíase más inclinada, y al escuchar su ingenua confidencia, la dijo, abrazándola: —Yo averiguaré, querida ahijadita mía, si ese es, en efecto, el más digno de tu amor. Confía en mí.

Inmediatamente partió el hada en su carroza de nácar, tirada por cisnes, y dirigióse al magnífico palacio habitado por Humberto, el primogénito del rey Manrique. Hallóle rodeado de amigos y de lindas damiselas, celebrando opíparo banquete.

Le llamó aparte y, preparándole antes un tanto, le dijo que Lotario había muerto.

Demudóse el semblante de Humberto y rompió en llanto. Entonces ofrecióle el hada una preciosa copa de pórfido, cuajada de diamantes.

—Vierte en ella—le dijo—, ¡oh, príncipe!, tus lágrimas para ofrecerlas, al ter-

Pocos días después el hada volvió a visitarlos, comunicándoles, alborozada, que el rey no había muerto, sino que fué acometido de un síncope y juzgaron había expirado.

La alegría, como la tristeza, muchas veces hace llorar; algunas lágrimas rodaron por las mejillas de los príncipes, cayendo en la copa que tenían junto a sí. El hada les ordenó la conservasen intacta para ofrendarla a su tío al finalizar el plazo señalado.

El día que fijara Lotario presentáronse los tres jóvenes, ricamente vestidos, portando en primoroso estuche la preciada copa.

do, después de varios días, en los que no cesé de llorarlos, supe que vivían.

Adelantóse Enrique, al retirarse Ludolfo, y fijó los ojos en el suelo, murmuró:

—Señor y tío amado: Indigno soy de presentarme ante vos, indignísimo de que mi adorable prima me otorgue una mirada de sus ojos bellos. De vuestro tesoro—prosiguió, mostrando algunas gemas—, ved, señor, qué escasas piedras me restan... He perdido gran parte de mi tiempo desoyendo los consejos de mi madre. Cierzo es que luego procuré ganar lo perdido, y estudié... Hice algún bien a los necesitados; pero el mal ya

estaba hecho. Aceptad mis lágrimas y no me arrojadís de vuestra presencia sin que besé vuestras regias manos.

El hada madrina habló entonces con su voz melodiosa.

—Señor—dijo—: Esas copas que ofrendé a los príncipes son mágicas. Ellas nos demostrarán cuál de ellos es digno de Estrella; cuál de vuestros sobrinos la quiere de veras y os ama más.

Pidió tres pebeteros, y descubriendo por sí misma la copa de Humberto, vertió en uno de ellos su contenido, y tocándolo con su varita de marfil, alzóse una roja llamarada, que apagóse al punto, quedando convertidas las lágrimas en carbón.

—Ved, señor: el llanto de Humberto era fingido e hijo de pocos nobles sentimientos. Es ambicioso y soberbio, y no os ama.

El príncipe, al oírlo, alejóse del trono y se ausentó del reino, lívido de ira.

El llanto de Ludolfo convirtióse en humo.

—Es vanidoso, señor—dijo el hada—, y fingió sentir vuestra muerte; tampoco os profesa cariño.

El príncipe, avergonzado, marchó también sin despedirse, mientras Enrique contentaba, admirado y gozoso, cómo sus lágrimas convertíanse en preciosas amatistas y esmeraldas y hermosos rubíes.

—Ved, señor—exclamó el hada, esparciendo las soberbias gemas—: vuestro sobrino Enrique lloró de dolor since-

ro al creeros muerto, y de alegría al saber era incierta la noticia; esas lágrimas son los rubíes; las amatistas son las que le arrancó el arrepentimiento al pensar que os había perdido y que no podría desagraviaros por su mal proceder pasado; las esmeraldas son emblema de la esperanza que alentó en su alma cuando, al saber que no habíais muerto, juzgó posible rehabilitarse ante vuestros ojos.

Y tomando al joven de la mano, le condujo al lado de la princesita, que, ra diante de dicha, dejó entre las suyas su manecita de azucena, mientras le decía muy bajito, dulcemente:

—¿Qué me importa lo pasado, primo mío, si tu conducta, irreproachable ya, lo borra?...

María BERTA QUINTERO

Dibujo de BARTOLOZZI.



timoniarla tu pesar, a la dolorida huérfana.

Después visitó a Ludolfo, sorprendiéndole tendido en un diván de damasco, embelesado con la caprichosa danza que, al son de una guzla, ejecutaba gentil y linda bailarina.

Lo mismo que a su hermano, le dió la falsa nueva, ofreciéndole la copa, retornando al punto a su carroza para ir al lado del menor, Enrique, quien hallábase estudiando atentamente, y levantóse, admirado, al verla penetrar en su estancia, saludándola respetuoso. Apresuróse luego a pedir noticias del rey Lotario y Estrella.

Al escuchar la infausta nueva, rompió en llanto, murmurando:

—¡Ay, mi hada querida; y yo no he estado allí para dar el postrer adiós a mi tío amado y consolar a mi prima...

Habló Humberto, y dijo:

—Señor: He gastado todo el tesoro, porque era justo viviera con la magnificencia propia de mi real linaje. Me he adiestrado en la caza, ganando, además, laureos y alabanzas en torneos y justas. Os presento en esta copa, regalo del hada madrina de mi encantadora prima, las lágrimas que vertí al creeros muerto.

Y altivo, arrogante, retiróse a un lado, dejando paso a Ludolfo, que dijo:

—Señor: He gastado todo el tesoro que me disteis, porque he viajado mucho y aprendido el lenguaje y las costumbres de otros pueblos. A vuestros pies pongo la copa que, como a Humberto, me ofreció el hada. La llené mi llanto al recibir la infausta nueva, que felizmente no tuvo confirmación, de vuestra muerte, y mezclóse a él una lágrima de gozo cuan-

EL HIJO DE LA MEIGA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE FRANCISCO CAMBA

NINGUNO de los adictos de don Antonio Rivas, el aborrecido jefe político de la comarca, le aprobó la determinación de meter en casa, como criado, a Juanito el Chepa. Don Antonio, con el desprecio que le merecían siempre las amenazas, soltó toda su risa de hombre sano, poderoso por la fuerza, invencible por su conocimiento de los hombres.

—¿Qué teméis de semejante mamarracho? ¿Lo consideráis capaz de venderse a mis enemigos?... ¡Os juro que como tal hiciese!...

Y don Antonio, cambiando de expresión, dió en la mesa un puñetazo que derribó tazas y copas. El grupo de incondicionales sólo se permitió recomendar que, no obstante, anduviese con cuidado. Aquel Juanito no era, realmente, hombre muy de fiar. Tenía fama de adivesado y por algo le señaló desde bien pequeño la mano de Dios. Esto aparte, era hijo de la meiga... Don Antonio volvió a su risa, a su calma, a su sosiego de hombre sagaz que todo lo tiene presente.

—Pues quizás no lo admita en mi casa por estas razones. Estaros tranquilos.

Tiempo más tarde, los íntimos ya no sabían qué pensar. Todavía desconfiaban del Chepa. Alguno de ellos, cuando don Antonio, durante las turbulentas sobremesas de la casa, llamaba al muchacho para hacerle objeto de alguna de sus bromas bárbaras, había visto temblar aquel cuerpo desmedrado y acobardarse en aquellos ojos bázcos un hondo resplandor de protesta inquietante. Había visto esto y también llegó a verlo el amo. Entonces, don Antonio corrió hacia él, frenético, lo abofeteó como se apalea a un perro desmandado, y el rebrillar de los ojos del Chepa, bajo la mano que los protegía, fué de odio, un odio hondo, concentrado, que sería terrible si llegaba a estallar.

Pero, no obstante, hubo que rendirse a la evidencia de su fidelidad y de su adhesión. El Chepa era, realmente, un perro para su amo. Nunca estuvo más seguro por aquellos caminos tan peligrosos. Una noche, dentro don Antonio de cierta casa, mientras Juanito vigilaba a la puerta, volvió el marido inopinadamente, dispuesto, sin duda, a todo. Y mal lo hubiera pasado el poderoso señor si el Chepa no le avisa a tiempo con un disparo. Mal, si no tiene todavía el buen acuerdo de disparar un segundo tiro que hiere a aquel hombre, impidiéndole moverse, al menos el tiempo indispensable para poder escapar de su ira.

Ciertamente que Juanito no amaba a don Antonio. ¿Quién podía amarle en aquel país donde sólo por la fuerza dominaba? Pero el Chepa quería convencerlo de que nadie, como él, tan adicto, tan suyo. Quería que don Antonio acabase por no salir acompañado de otra

persona, seguro de que llevaba consigo un verdadero mastín, capaz de detenerse en los caminos olfateando el riesgo y de indicárselo cuando le dejaba a distancia.

Don Antonio había parecido leer dentro de su corazón al admitirlo.

—A mi lado se acabaron las penas para tu madre y para ti. Dejarán de perseguiros, viviréis como viven las de-

Claudia la Garbosa, no pasó un día siquiera en la cárcel. Y se acabaron, se aminoraron, al menos, las befas y los malos tratos a su pobre madre, a aquella infeliz viejecita, acusada de bruja, y que él, tan desmedrado, tan poca cosa, no había podido, hasta entonces, defender.

En el espíritu huraño del Chepa, más torvo todavía que su cuerpo amarga-

seguro de que a la pobre Celsa de Barobre nada le faltaba, que nadie se atrevía ya a turbar la paz de su vida y que, al poder ir a verla, aquellos dedos sarmentosos, más dulces para él que todas las dulzuras, seguirían acariciándole, como comenzaron a hacer recientemente, y seguiría Celsa bendiciendo la hora en la cual un bárbaro de aquellos contornos se le presentó, anochecido, en el monte, sin que ella, bruja y todo, y vieja ya, hubiese tenido artes para defenderse.



El día del patrón, la casa de don Antonio Rivas se llenó con todo el señorío del contorno. La comida, famosa en el país entero, duró hasta bien entrada la tarde. Pero era verano, y los jóvenes de la fiesta consideraron que aún tenían tiempo para dar una vuelta por la romería. Casi todas las señoras opinaron lo mismo, en el comedor continuaron sólo los íntimos del sol dueño de la casa, hombres prácticos casi todos, para quienes la romería a aquella hora no ofrecía el menor atractivo.

—Nosotros iremos, si acaso, cuando se haga más de noche y esas mozas puedan confundirnos con alguno de sus habituales galanes.

—¿Qué mozas? — preguntó una voz escéptica.

—¿Cuáles van a ser, sino las que las vean! ¡Te creerás tú que las otras son tontas!

—A veces se lo hacen.

—También es verdad; pero esto no se opone a lo que yo digo. Hay que esperar a la noche. Sólo de noche son pardos todos los gatos y mozos de aldea todos los hombres de una romería. ¡Venga vino!

Era Chuco el encargado de escanciarlo, y como si hubiera nacido en la casa cuidaba sabiamente de que las copas de aquellos señores no estuviesen nunca vacías. Los señores, por su parte, se cuidaban de que nunca lo estuviesen llenas, y el vino fué dando poco a poco, a la fiesta, un carácter tabernario. Se discutía apasionada y tumultuosamente, se derribaban copas y botellas con el amplio accionar, alguien cantaba en un ángulo de la mesa, otros comenzaban a reírse de pronto, sin causa y de un modo que parecía no iba a tener término.

Una voz se sobrepuso a todas:

—Señores, yo, si he de ser franco, confesaré que me aburro. Yo me aburro siempre donde no hay mujeres. Propongo que nos vayamos ya a la romería...

Pero el dueño de la casa estaba escuchando, satisfecho, al boticario de Beal, que le contaba interesantes detalles de política, y apaciguó con un gesto aquella impaciencia. El impaciente protestó. Entonces don Antonio llamó a Chuco.

—Trae el vino del rincón, que aún debe quedar alguno...

—Un cántaro quedará.

más personas. Pero hay que serme fiel...

—Que a mi madre no la insulten, y será una cosa suya, don Antonio. Que acaba sus días tranquilamente, y usted puede hasta disponer de mi sangre...

¡Y qué bien le salió el cálculo, por el cual, apenas despedido Pepe al de Feás, se acercó a solicitar su plaza! ¡Qué bien aquello de no rebelarse nunca contra los caprichos de don Antonio, por dolorosos que fuesen, y mostrarle cada día más sumisión!

La comarca estaba sabedora ya de cuanto don Antonio lo distinguía. Todo el mundo vió cómo, a pesar de declararse autor de los tiros contra el marido de

do por el desamor de los hombres y la indiferencia hostil de las mujeres, se cobijaba, sin embargo, una de las más bellas flores del sentimiento. Aquel hombre amaba a su madre como ni en la fábula ni en la historia se amó nunca. Todos los amores de que es capaz un alma los había concentrado la suya para aquella mujer. La amaba como a madre que era y como hubiera amado a una hija y a una esposa...

Y desde que entró en la casa de don Antonio, se sintió feliz. Ya podía su amo maltratarlo, ya podía ponerlo en peligro, ya podía pagarlo luego con injusticias. Por primera vez en tantos años estaba

—Pues tráelo, que nunca mejor ocasión para darle término.

El impaciente protestó, furioso:

—¡Yo no quiero vino! ¡A mí el vino no me importa nada!...

—Tráelo para nosotros, Chuco—contó don Antonio—, y para el señor de Troncoso, que se aburre si no hay mujeres, tráete, del paso, alguna ayudanta de la cocina.

Desapareció Chuco, y en aquel instante oyóse del lado del camino, al través de las ventanas abiertas, un son de música. Era la charanga de la romería que venía a llenar el deber, hasta entonces aún no cumplido, de saludar a los señores. Don Antonio se acercó a la ventana para demostrar que agradecía el homenaje, y estuvo un rato viendo a la gente, atraída por la música, bailar allí, en torno a los castaños, sobre el camino limpio, alfombrado aún de espadas. Bruscamente, distinguiendo a alguien allá lejos, entre las personas más rezagadas, comenzó a sonreír a una idea y, por fin, lanzó una gran voz:

—¡Celsa!

Una viejecita, apoyada en un palo, se acercó poco a poco.

—¿Manda algo, señor?

—Sube...

Poco después la vieja aparecía en el umbral del comedor, acomodándose las faldas bajo el pañuelo.

—¡Dios le pague la caridad de llamarme! Así esta gente, que ya respeta un poco mis canas y que consiente mezclarse a sus fiestas, acabará por hablar conmigo! ¡Cuánto lo deseo, señor! ¡Qué triste es esto de que todos le huyan a una y le tengan miedo!

—¡Adelante, Celsa, que, al menos aquí, nadie te tiene miedo y, lejos de huirte, hay quien sólo está deseando que te acerques y le pongas buena cara! ¡No querías mujeres, Troncoso? Pues yo no puedo hacer más. He mandado que te suban una de la cocina, y por si no viene, aquí te traigo esta otra.

La vieja, dándose cuenta del estado de aquellos hombres, trató de escurrirse. Pero don Antonio advirtió la intención y corrió hacia ella.

—¿Qué es esto? No; tú no te vas. El señor de Troncoso se aburre por falta de mujeres y yo no puedo consentir que nadie esté a disgusto en mi casa.

Arrastró a la vieja hacia el medio de la habitación y, sin soltarla de la mano, empujó con la otra al amigo.

—¡Hala, a darle un abrazo, a besarla, a hacer con ella lo que te se antoje; pero a hacerlo! A mí nadie me mete impune mente en uno de estos fregados...

Sus ojos, hechos al dominio, a la obediencia absoluta, comenzaban a nublarse bajo las cejas, y Troncoso, que le conocía, se resignó a acoger entre sus brazos a la vieja, mientras fingía la mayor de las satisfacciones.

—Serás una bruja; pero eres una mujer. Vaya el abrazo...

Celsa rompió en clamores. ¡Y para aquello, para mostrarse con ella como todo el mundo, la llamaron desde la ventana con voces que parecían de tanta amistad! ¡Ay, y qué poco dura el contento en el corazón del desdichado! ¡Ay, y por qué no se moriría de repente antes de ver tal!

En aquel instante, un ruido, el de un botellón envuelto en paja que cae y se rompe, y un rugido, un rugido terrible que dominó todo el tumulto, conmovió a los presentes.

—¡Rayos de Dios! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, recristo?...

El Chepa había saltado, saltado realmente, desde la puerta hasta el grupo de su madre y Troncoso y don Antonio. Espumando de rabia, apartó de un empujón a Troncoso y, como loco, sujetó a

su amo de las solapas. Don Antonio se desahogó en el acto, y de un bofetón formidable derribó a Juan contra la mesa.

—¡Rayos de Dios, digo yo también! ¡Pues no se atreve conmigo el miserable! ¡Pues no me echa las manos! ¡Y te creas tú que esto va a quedar así?

—¡Es mi madre, don Antonio!—gimió el Chepa, sin atreverse a acercarse.

—¡Y a mí qué me importa que sea tu madre! ¿Y qué se le ha hecho, además, a tu madre, para reponerte así contra tu amo? Pues ahora verás. Ya que te repones que no sea sin motivo... ¡Benito, Adrián!... ¡Aquí todos!

Las voces tonantes hicieron retremblar los techos. El Chepa tenía en sus ojos una calma asustadora.

—Mire bien lo que va a hacer. Mire que luego no le pese... Haga conmigo lo que quiera, si le he faltado; pero respete a mi madre...

Y don Antonio, no obstante el cegador tumulto de su ira, decidió dejar a la madre sin castigo, limitándose a echarla a empellones, llamándole bruja, llamándole perra...

—Pero en cuanto a ti...

Dos fornidos mocetones acababan de presentarse, y les señaló al Chepa como a un reo.

—Desnudo puede decirse que llegó aquí hace meses este miserable. ¡Que salga desnudo!

Y desnudo, sin poder ocultar su triste joroba, llegó Juanito a la puerta del caserón, donde los grupos de gente en fiesta le rodearon. La música dejó de tocar y el escarnio fué horrible. Nadie tuvo compasión del infeliz. Sólo unas manos, duras ahora como garfios, pretendían vanamente hacerse dulces sobre su carne.

—¡Hijo mío! ¡Y para esto, para verte así tratado, me dejó Dios vivir!

El Chepa sintió entonces una cosa muy fría, muy fría, dentro de su carne, en la médula misma de sus huesos. Comprendió que no era a él a quien, con el acto de arrojarlo de aquel modo a la befa de la gente, se daba el dolor más grande de la vida. Y todo el mundo le oyó, mientras los crispados índices de sus manos hacían una cruz:

—¡Desnudo me echa de su casa! Recordarlo bien para cuando a ella lo traigan desnudo!

Por todas las aldeas del contorno se esperó desde entonces la noticia de un suceso que no había de sorprender a nadie. Los mismos íntimos de don Antonio le aconsejaban sin descanso:

—No debes salir de noche y volver, como vuelves, a horas fijas y por los caminos de siempre.

—¡Bah!

—¡Mira que te las ha jurado!

Don Antonio seguía encogándose de hombros, sonriente, dominador.

—No se atreve; no hay quien se atreva...

Para mayor alarde, ya ni Benito ni Adrián le acompañaban siquiera. Salía solo de su casa, solo entraba en la de Claudia la Garbosa, cuyo marido andaba ahora por tierras de Castilla; solo se despedía de ella antes del amanecer, recorriendo tranquilo, cual en pleno día, aquellos caminos de parques húmedas, hondos y sombríos como cuevas, tan propicios a cualquier mala hazaña, y desde donde la voz de socorro por nadie pudiera ser oída. Y el tiempo pasaba y don Antonio ya solía decir triunfalmente a sus íntimos:

—¿Vosotros veis? ¿Veis como todavía estoy vivo?

Sin embargo, rara era la noche en la cual una sombra no le seguía. Al principio, el Chepa vaciló. Mejor será dejar que pase un poco de tiempo. Está muy

fresca la amenaza y debe de ir muy prevenido. Después, la noche en que salió de casa dispuesto a la obra, tuvo miedo. No había en aquellos caminos la obscuridad profunda de otras veces. La luna, que se filtraba al través de las copas de los altos árboles, daba a todo apariencias temerosas, y ante los ojos de Juan se agigantaron la figura próspera de su enemigo y su fuerte complexión de atleta. ¿Cómo cortarle el paso con éxito, si aquel hombre, al verle delante, era capaz de irse a él tranquilo todavía, y, sin sacarle el cuchillo de la mano, clavárselo en el propio corazón? El Chepa pensó entonces en juntar para un revólver, con el cual atentar desde sitio seguro. Pero esto hizo que el tiempo pasara, apagando un tanto, si no la raíz ardiente de su odio, la llama hasta entonces cegadora y viva.

No; el odio no podía extinguirse en el alma de Juan el Chepa. Echado de aquel modo de la casa grande y viendo la gente del país más indefensa a la meiga que nunca, arrastraba en sus escarnios. Antes, la pobre mujer aún se atrevía a apartarse un poco de aquellos parajes para pedir, en puertas de lejos, una limosna. Ahora, ni a la ventana tenía valor para asomarse. Alguna vez que se la vio en los caminos, las madres corrían a esconder a sus hijos pequeños, las mozas le decían insultos, se reían de ella los mozos, sujetándola por los harapos de sus ropas, y los chiquillos la ahuyentaban a pedradas. Y el Chepa se daba cuenta clara de que todo esto tenía algo de homenaje, de acción de desagravio a don Antonio.

—¡Oh, si yo me atreviese!

Pero no se atrevía, no se atrevía a nada. Una tarde que vio a unos mozos zarrandear a su madre, pretendiendo hacerla bailar, fué hacia ellos con espuma en la boca y el cuchillo en la mano. Los mozos le quitaron el arma y lo derribaron en uno de los charcos que ya el invierno hacía.

—Y cuidado—le advirtieron—con repetir la hazaña si la pelleja te interesa algo. Tan presente que tu madre es una meiga, que tú eres el hijo de la meiga y que quien os mate no tendrá más castigo que quien mata a dos perros...

Del grupo de curiosos que presenciaba la escena se destacó entonces un mozo alto y fornido. Juan vio, con sorpresa y esperanza, no sabía qué lumbres de amistad en los ojos de aquel hombre. No era de allí. Era un mozo venido, hacía meses, de tierra de Portugal y que se ganaba la vida ayudando a los serradores. Silencioso, con una sonrisa de simple en la boca reseca, con un vago miedo a la gente, jamás había querido mezclarse de veras a la vida de aquellos lugares. En las romerías no bailaba nunca; no entraba a beber en las tabernas; no iba jamás de ronda con los muchachos de su edad. Un sueño parecía llenarle el alma, un sueño tal vez inasequible, pero cuyos resplandores bastaban para dar a su rostro la constante expresión de indiferencia y de sosiego.

Y aquel hombre se destacó del grupo, afeando, en su idioma, tan semejante al dialecto del país, el proceder de los mozos. ¡No se hacía lo que acababa de presenciar; no se abusaba tanto de una desgraciada mujer sin otra defensa que el hijo, aquel muchachuelo enfermizo, desmedrado, con menos fuerzas que una criatura! Hablaba tranquilo, como hombre prudente que se limita a dar, bondadoso, todos los consejos de su experiencia. Pero uno de los mozos se sintió ofendido, como si acabase de lanzarle al rostro el más violento de los insultos.

—Nadie te ha pedido tu consejo, portugués.

—Pero yo os lo doy, porque acaso os convenga.

—¿Qué quieres decirnos?

El portugués adelantó resuelto:

—¡Vaya, se acabó! ¡Quiero decirnos simplemente que esta pobre mujer tiene desde ahora quien la defienda! ¡A ver el que se atreve a tocarle al pelo de la ropa!...

Y como se atreviese el mozo, lo echó contra el suelo con un fuerte golpe de sus manos callosas, más duras que mazas, y le hizo morder el lodo que antes mordiera el Chepa. Sus ojos, enfurecidos, adonde asomaba una luz, resplandor acaso de hogueras muy hondas, miraron en torno, desafiadores.

—¿No hay otro? ¿No hay ya quien quiera hacer escarnio de esta infeliz? Perfectamente. Pero nada de imaginarse que esto acaba aquí. Quien desde ahora le falte tendrá que vérselas conmigo.

Terminado el incidente, los mozos fueron retirándose; pudo marchar la vieja a su casa. Alejándose también el portugués y el Chepa, ya a solas en medio del camino, se detuvo éste sin saber cómo explicarse su conducta ni de qué modo darle las gracias. Al fin, habló de lo que más le interesaba.

—¿Es de veras que vas a defender a mi madre?

—Todos lo han oído.

Y, en efecto, desde aquel instante, Celsa de Barobre volvió a poder vivir tranquila. Si algún mozo, habiendo visto al portugués serrar sus pinos en algún lugar lejano, se atrevía a injuriar, el portugués se enteraba siempre del suceso, y al día siguiente ensangrentaba los morros del atrevido. Si una moza era la que tal hacía, el portugués buscaba a su hermano, a su novio... Por culpa de los insultos de los chiquillos se peleó con los padres, y un día entró en la escuela, furioso, a pedirle cuentas al maestro.

—¡Eres un santo, portugués!—le decía el Chepa con ternura infinita.

El portugués acabó por sonreír torva-

mente. —¡Un santo! ¡Si conocieras mi vida! ¡Si vieras mi alma! ¡Santa, tu madre, Chepa, eso sí! ¡Santa, la pobre de tu madre, martirizada continuamente y sufriendo con tanta paciencia...

—Y si no eres un santo, ¿por qué haces esto entonces? ¿No te molestaría que te preguntase una cosa?

—No; pregunta.

—¿Eres acaso hijo de otra meiga, portugués?

El portugués fué meditando algún tiempo y, por fin, murmuró, más sombrío que nunca:

—En mi tierra también hay gente que cree en las meigas y amarga la vida de muchas infelices.

Desde entonces tuvo el Chepa en aquel hombre un amigo verdadero, un verdadero hermano mayor, a quien podía confiarse. Desde entonces la casa de piedra suelta de la meiga, con su suelo terrizo y el techo mostrando las tejas, y por todo hogar una piedra allá en un rincón, adquirió cierto aspecto de refugio abrigado, de nido dulce, donde la paz y por veces hasta la alegría abundaban. Cobrada su semana, el portugués adquiría algún buen pescado, alguna pieza de caza, y pronto un fuego bendito llenaba de calor y consuelo la casa del desamparo. Iba la meiga a la taberna por algo de vino, y mientras se celebraba el banquete nadie osaba abrir las puertas, como antes, ni soplar insultos por las rendijas, enterado todo el mundo de la presencia, en el hogar, de un hombre vigilante y fuerte.

Luego, retirada ya Celsa a su camastro, solos el portugués y el Chepa, al amor del rescoldo, éste iba enterando al otro de todas las miserias de su vida. No le recató que quiso matar a don Antonio, ni le negó siquiera que la falta de valor

en el momento preciso era la causa de verse aún vivo y triunfante por aquellas tierras. Y se hicieron siniestros los ojos del Chepa y su voz tuvo un temblor.

—¡El tiempo pasa, pero yo no le perdono!... ¡Aquel escarnio que hizo de mi madre! ¡Aquello de echarme desnudo delante de toda la romería y delante de ella! ¡Que no esté muy tranquilo aún!

Pero el portugués le aconsejó rechazar el torvo pensamiento.

—¿Qué ganarías con matarlo?

—¡Me vengaba! ¡Acallaba una cosa que me roe aquí dentro y no me deja vivir!...

—Y al día siguiente, tú en la cárcel y tu madre más sola, más abandonada, expuesta a persecuciones más duras. No seas niño...

Calló un instante el portugués, concentrándose en sus pensamientos, y murmuró luego, en una voz extraña, insinuante y dulce:

—Por otra cosa, tal vez; pero por venganza no lo hagas. Por huir, acaso; por apartar a tu madre de esta gente... Tú me has dicho que ese hombre lleva siempre consigo dinero.

—Siempre. Mucho dinero y un reloj de oro, y cadena, y anillos... Pero yo, por robarlo, no lo mataría; no sería capaz. ¡Por lo otro, en cambio!...

Y suplicó ardientemente, como si la aprobación de aquel hombre fuera a darle el valor y la fuerza.

—Dime que sí; dime que haría bien...

—No. Harías una locura. Vuelvo a recordarte que tu madre se quedaría más sola, más expuesta a las iras de esta gente...

—Antes, sí que se quedaba. Y tal vez fué esa la razón verdadera que me contuvo. Pero ahora mi madre te tiene a ti...

—¿A mí? ¿Tú qué sabes si yo estaré por estos sitios mucho tiempo? No seas niño. Todo el mundo tiene su cosa que le roe en el alma...

—¿Pero no me has dicho que no puedes volver a tu tierra?

El portugués calló de nuevo, con la frente contraída como por la fuerza de concentración de sus pensamientos, y después se le oyó en voz tan vaga, que parecía un susurro:

—¿Quién sabe!

Aquella noche no quiso el portugués que el Chepa le acompañase. Era sábado, y le obligó a presentarse en el salón de baile de Rendar.

—Pero si no me gustan esos sitios...

—No importa. Es preciso que te vean, como el Chepa no se convenciese, apremió, imperioso:

—Espérame allí; no preguntes más. Y no salgas, no te muevas del salón...

Obediente y sumiso, el Chepa llegó con puntualidad. Ya estaba el salón lleno de gente, y en los descansos del baile no faltó quien bromease con él, preguntándole si por fin se hacía hombre sociable.

—¿Pero qué es esto, Juan? ¿Cuál es la causa de que se te vea por los bailes? ¿Hay moza?

El Chepa ni contestó. Estaba preocupado. Una angustia vaga y dolorosa iba poco a poco apoderándose de su ser. ¿Por qué se le obligaba a estar aquella noche en un sitio público? ¿Por qué el portugués le mandaba esperar en un baile, cuando tampoco era amigo de diversiones ni fiestas? Y la angustia, haciéndose cada vez mayor y más dolorosa, fué esclareciendo dentro de su alma una idea precisa. Sí; ciertas palabras de

su amigo, aludiendo a una posible vuelta a la tierra natal, se le aparecían ahora claras y luminosas. Y palideció de un modo terrible al decirse consigo mismo:

—¡Sí; seguramente!

Entonces salió del baile, acompañado de su idea. Marchó, recto y rápido, hasta la casa de don Antonio, que muda y solemne, ignorante de todo, dormía entre los árboles de su huerta. Desde allí el Chepa tomó otro camino, el que llevaba a casa de Claudia la Garbosa, mirando bien en la noche sólo alumbrada por las estrellas, teniendo cuidado de no caerse sobre el bulto que estaba seguro había de hallar de un instante a otro. Y, en efecto; lo halló en lo más hondo de la trocha, tendido hacia la cuneta. Era don Antonio, vivo aún, pero ya sin el menor hálito de vida en la carne que le tentó al través de las ropas.

El Chepa sintió una alegría, una dulzura intensísimas.

vés del cual pudo el crimen cometerse.

Pronto, sin embargo, a esta gratitud y a la alegría de los primeros instantes, sucedió un pensamiento penoso. Alejado el portugués de aquellos sitios, ¿qué iba a ser de él? ¿Qué iba a ser de su madre, entregada de nuevo a su amparo irrisorio? Automáticamente, los pasos le llevaron hacia la pobre choza donde había nacido. Estaba encendido el fuego, y al través de las rendijas de la puerta vió a su madre acurrucada junto a la piedra del hogar, esperándolo. Y nunca aquella mujer le dió más lástima.

—¡Pobre! — se dijo —. ¡Cuánto mejor hubiera sido para ti que yo hubiese realizado mi idea, haciendo imposible esta otra desgracia que te ocurre! Tú no lo comprenderías, tú no lo querías, seguramente. ¡Pero cuánto mejor! A mí me matarían; pero tú no por eso habías de ser más odiada, y, en cambio, tendrías a tu lado un brazo fuerte y un fuerte cora-

—¿Usted es de aquí?

—No; pero trabajo en estos sitios...

—¿Hace mucho?

—Unos meses.

—¿Lleva armas?

—No.

—A ver...

Y como los guardias se dispusiesen a cachearlo, como aquello no pudiese evitarse, hizo el gesto de quien se entrega.

En efecto; los guardias no tardaban en sacar de sus bolsillos una cartera con dinero, un reloj de oro, una pistola de precio...

—¿Y esto?

El portugués se encogió de hombros, mientras los guardias se disponían a esposarlo. En torno, se aglomeraba la gente.

—Esas cosas son de don Antonio Rivas. El reloj, al menos, es el suyo; lo conocemos bien...

Ya no se dudaba de que don Antonio estuviese muerto en algún camino, y alguien comentó, no lejos de la ventana:

—Y todavía habrá quien niegue la Providencia! Si a este hombre no se le ocurre entrar en el baile, seguramente para tener testigos de dónde estuvo, mañana, al aparecer el cadáver, todas las culpas serían para el infeliz del Chepa.

El Chepa comprendió que ya no podía perderse ni un minuto. Alejándose de la ventana, se perdió en las sombras, y por senderos y atajos llegó al sitio donde estaba el cadáver. Después, por atajos y senderos, volvió a Rendar. Tuvo una alegría al ver que los guardias allí seguían, y entró en el salón. Hizo entonces que miraba, que buscaba, y al distinguir, tras un grupo de gente, al portugués, fingió no darse cuenta, en su indignación, de que se hallaba preso, ni de la presencia de los guardias.

—¿Y para esto me vendías tanta amistad? ¿Dónde están mis cosas?

—¿Qué cosas?

—Las que me has visto esconder esta noche bajo mi cama; las cosas que me robaste, ¡ladrón! una cartera, una pistola, un reloj de oro...

La gente se santiguaba, aturdida.

—¡Pero fué él entonces! ¡Pero entonces está loco cuando no ve que con esto se pierde para siempre! ¡Lo que hace la ambición! ¡Lo que hace la Providencia para no dejar impune un delito!

Y al amanecer, descubierto el cadáver, trayéndolo a la casa grande, donde los guardias, con el Chepa y el portugués, esperaban, rodeados de un gentío enorme, se comprendió que, de todos modos, le hubiera sido difícil al Chepa cargar sobre otro entera la culpa. El cadáver de don Antonio entraba desnudo en su casa, hasta sin zapatos, enteramente desnudo, como el Chepa prometió, tiempo antes, que entraría. En el horror que la llegada del muerto produjo, el portugués pudo cruzar unas palabras con su amigo:

—¿Pero tú estás verdaderamente loco?

El Chepa le miró con toda el alma en los ojos, nublados por las lágrimas.

—Nunca estuve más cuerdo... ¿De qué le sirvo yo a mi madre? Y así, quizás le obligue a ser un verdadero hijo para ella y a no pensar otra vez en abandonarla.

Francisco CAMB

Ilustraciones de PASTOLOZZI



—¡Al fin!

No lo había matado él; no había él realizado la venganza prometida; pero por él moría. Si él no se hubiese hecho tan amigo del portugués, si no le hablase tanto de su idea y del dinero que aquel hombre llevaba siempre consigo, estaría ahora tranquilamente en su casa, en su cama. En su casa estaría, de no haberlo arrojado como lo arrojó cierta tarde. Su muerte a él se la debía, por lo tanto. Aquel acto había tenido, al fin, su castigo. Ahora, que Dios guiase los pasos del portugués, dejándolo llegar, antes del alba, antes de que el crimen se descubriese, a la raya de su tierra, como seguramente se proponía, para redimir, sin duda, a alguien con el dinero robado aquella noche. Y por si algún indiscreto pasaba y daba a destiempo la voz de alarma, apartó más el cadáver hacia la cuneta, lo ocultó cuanto pudo entre las zarzas. Continuó luego su camino, más agradecido al portugués, que no se olvidó del pobre Chepa en noche para él de tantas preocupaciones, y suponiéndole indicado como ningún otro para la sospecha, le obligó a mostrarse en sitio visible durante todo el tiempo a tra-

zón que te defendiesen. En cambio, ahora ¿qué te queda? ¿Soy yo verdaderamente un hombre? ¿Puedo quitar a tu cáliz de amargura una sola gota de hiel?

Sin entrar en la casa siguió adelante, aprendiendo por la idea de que tal vez estuviese comprometiendo a su amigo, obligándolo a esperarle en el baile tanto tiempo y retrasando su andanza hacia la salvación. Y en el momento en que llegaba, desde el oscuro de la robleda vecina, destacándose sobre la viva claridad de la puerta, vió al portugués entrar, resuelto y rápido. Aceleró el paso entonces; pero se detuvo bruscamente. Detrás del portugués entraron los guardias de la pareja.

—¿Sabrán algo ya?

Cautelosamente fué acercándose, y miró al través de las ventanas entreabiertas para refrescar el aire denso del salón. No, no sabían nada. De ronda por aquellos parajes, entraban tan sólo para ver qué gente allí había. Y se dirigieron al portugués, por ser quien estaba más cerca y no recomendarlo mucho su ropa destrozada y su rostro mal afeitado sobre el cual desbordaban las greñas.



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

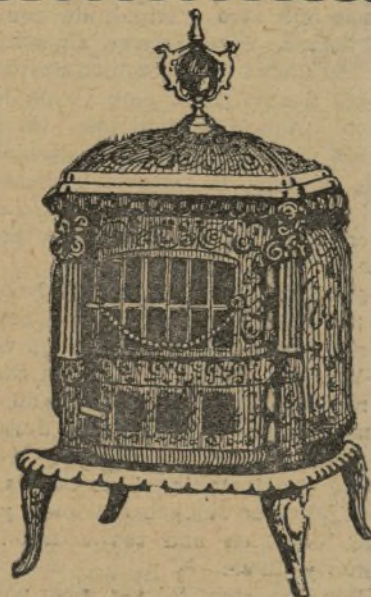
Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tufo

PARA COK. ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986



PÍDASE EL CATÁLOGO ILUSTRADO

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS)
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS
que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran
en ella, y su repertorio reúne todos los
géneros.

Ventas
a plazos
con
precios
de
contado



Envíos
a
provincias
aparatos
con
bocina
sin ella.

Pida usted a través de condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)
SUCESESORES DE EDUARDO DÍAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y pinturas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, MADRID
TOLEDO 63, MADRID

Quiosco de EL IMPARCIAL
Calle de Alcalá
Esquina a Barquillo

CALLOS

No se lamente usted de
tener sus pies destrozados.
No achaque a sus callos lo que sólo es obra
de su incuria. El que tiene
la cara sucia es porque no
se lava. El que tiene callos,
juanetes, ojos de gallo o durezas es porque
no usa el patentado



UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa
totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

— BÓVEDA (LUGO) —

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)